

leyó por falta de tiempo, acordándose que pase a la Comisión de Publicación.

Y no habiendo más asuntos de que tratar, se levantó la sesión.

PAN (ISMAEL DEL).—*Comunicación núm. 44.*

DE FOLKLORE

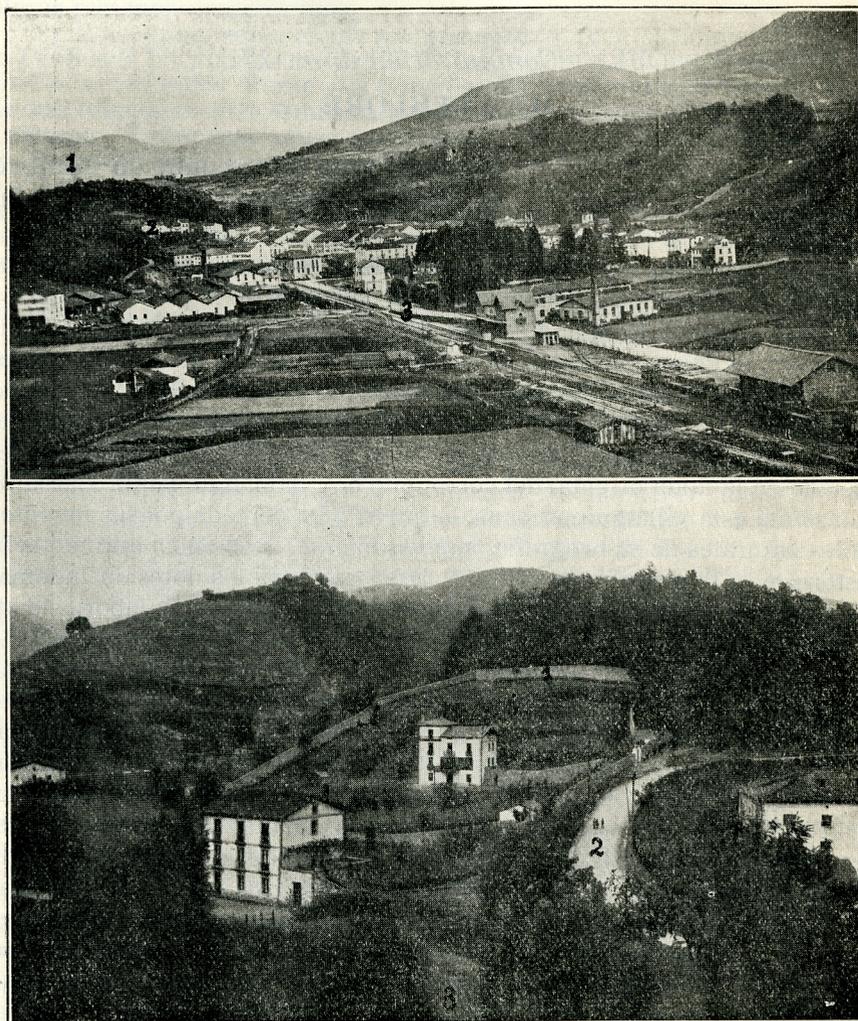
Sobre el mito a que debe su nombre la villa guipuzcoana de Mondragón

Es Mondragón, una villa, enclavada en el corazón de la montañosa Guipúzcoa, situada en aquella intrincada comarca, de la porción superior del valle del río Deva, a la que llaman «tierra alta», los hijos de Guipúzcoa, y a cuyos naturales, se les conoce en toda la provincia, con el sobrenombre de *goyerritarras* (habitantes de la tierra alta). El dédalo montañoso de aquella parte de la comarca, no dejó más espacio que el valle angosto y tortuoso por donde discurre el Deva, y junto a él, y recostada en la falda oriental del cerro, que hoy llaman de Santa Bárbara, se asienta esta villa guipuzcoana, la que si bien cercada por las ingentes moles naturales de su orografía, supo asomarse, desde bien antiguo, a la historia y a la epopeya de nuestra raza, gracias a las dotes de indomable fiereza y tesón de sus habitantes, de cuya constancia y laboriosidad, es fruto la industria arcáica de sus ferrerías, hoy convertida en brillante industria fabril ferretera, por las modernas corrientes civilizadoras que han tratado, además, de romper el aislamiento de la villa, al pasar junto a ella el ferrocarril vasconavarro, que va desde Vitoria hasta Málzaga.

Su situación a la entrada del valle de Léniz y su brillante historia, hiciéronla figurar como cabeza del referido valle real, donde tiene su origen el Deva. Pero en los remotos tiempos en que radican sus antecedentes históricos, no figura con el nombre de Mondragón, sino con el de *Arrasate*, (fig. 1^a) vocablo, que teniendo en cuenta las grandes semejanzas filológicas del idioma vasco con ciertas lenguas orientales, como la caldea y la hebrea, pudiera significar en el antiguo vascuence: «*puerta del valle*», pues en la constitución de la palabra Arrasate, parecen entrar como raíces fundamentales: «AR», *valle* en caldeo, cuyo significado es el mismo en nombres geográficos vascos, como «Arana», «*el valle*;» «Araiz» y «Arez» «*valle de árboles*.» La otra raíz, que completaría el significado, sería: «ATE», que en vasco significa «*puerta*». (1) Resultaría ser, pues,

(1) Juan Fernández Amador de los Ríos.—«Diccionario vasco-caldáico-castellano», tomo I, cuaderno IX p. 324.
Pamplona 1911.

Arrasate: «la puerta del valle», denominación que estaría muy en consonancia con la geografía y con la historia, ya que por su emplazamiento a la entrada del valle de Léniz, y por su significación histórica en la edad



Figuras 1.ª y 2.ª

media, este pueblo fué, durante siglos, la cabeza del valle real de Léniz. Cierta, que también la raíz «AR» significa en el lenguaje caldeo-asirio, y en el vasco: «pueblo», «morada» «ciudad», en cuyo caso, Arrasate, pu-

diera valer tanto como «puerta del pueblo», pero me inclino más a creer que Arrasate sirviese para indicar el lugar que se hallaba a la entrada del valle de Léniz, dada la propensión ancestral del pueblo vasco a dar a sus lugares y moradas, nombres alusivos a sus particularidades geográficas o naturales.

Mas sea de ello lo que quiera, lo cierto es, que hasta mediados del siglo XIII designóse a esta villa con el nombre de Arrasate, siendo el rey de Castilla, D. Alfonso el Sabio, quien en Mayo del año 1260, aumentó la población de aquella, por entonces, pequeña *puebla*, y le concedió el fuero, privilegios, y franquicias, que antes había concedido a los habitantes de Vitoria; y tras de elevar su categoría a la de villa, mudóle su primitivo nombre de Arrasate por el de Mondragón, según el referido monarca castellano hace constar en la carta puebla o privilegio, que concedió a la citada villa, y cuya parte principal, dice así: «Por labor que anemos de facer bien y merced a todos los pobladores de la puebla que es en Léniz *que auie ante nombre Arresate a que nós ponemos nombre Mondragón.*» (1) No es muy de extrañar este cambio de nombre, efectuado en el primitivo poblado, si se tiene en cuenta que además de haberlo aumentado, considerablemente, y elevar su categoría, era, según parece, costumbre de aquellos tiempos, y muy singularmente del Rey Sabio, y aún de su egregio abuelo, poner a los lugares que fundaban, repoblaban o aumentaban, nombres alusivos a la industria o particularidades de los que habían de ser sus pobladores o bien de algún hecho saliente de su historia o de las tradiciones y creencias de aquellos sus primitivos habitantes. Y a tal efecto, bien puede servir de ejemplo lo llevado a cabo por D. Alonso el Sabio, en Vitoria, quien en el año 1256, aumentó la población haciendo construir tres calles, a las cuales, puso los nombres de la industria que había de ocupar a sus pobladores, como: *cuchillería* y *pintorería* y la de la *judería*, a la que pobló de judíos para dar impulso al comercio. (2)

Pues bien, al acrecentar el poblado de Arrasate y convertirlo en villa, era patrimonio de sus habitantes una tradición, que ellos guardaban, como los grandes pueblos guardan en los libres archivos de sus rapsodias, los esfumados hechos de sus tiempos heroicos. Esa tradición, que aún conservan los actuales mondragoneses, es como sigue: «Por una tortuosa y empinada senda, que desciende de la cúspide del monte, que llaman «Mandoña», situada al Occidente de la villa, bajaba en la antigüedad un horrible y fiero dragón, (fig. 2.^a) que amedrentaba y hacía gran-

(1) El documento, original, se halla en el Ayuntamiento de Mondragón, y de él poseo una copia fotográfica.

(2) *Real Academia de la Historia.*—«Diccionario geográfico-histórico de España.» Sección I. Reino de Navarra, Señorío de Vizcaya y provincias de Alava y Guipúzcoa. Tomo II p. 466. Madrid. 1802.

de estrago en los caminantes y gentes del poblado de Arrasate, y era versión, que los habitantes del mismo, para que el mónstruo no entrase en el pueblo y devorase a sus moradores, habían de aplacar sus iras ofreciéndole a diario, como ofrenda, víctimas humanas. Pero cierto día, los herreros que trabajan en las vetustas herrerías de Arrasate, lucharon encarnizadamente con el dragón, y lograron darle muerte con los candentes y agudos hierros que sacaron de sus fraguas».

Muy reciente debía de estar aún el feliz resultado de la épica lucha de los naturales de Arrasate terminada con la muerte de aquel ser sobrenatural, azote del poblado, cuando D. Alfonso el Sabio transformó en villa el lugar, pues así parece darlo a entender en su historia López de Isasti, (1) y quizás el asunto de tan avasalladora tradición, fué la base sobre la que el monarca castellano asentó el futuro nombre de «Montdragón» (monte del dragón) que había de llevar, hasta el presente, la villa guipuzcoana de que me ocupo.

Pero aquel Rey, de tan preclaro entendimiento, no sólo dió al poblado de Arrasate un nombre nuevo, sino que inmortalizando con éste en el transcurso de los siglos la tradición que dejo reseñada, encendió con ello una antorcha más, para que hiciera luz en los oscuros tiempos de la historia primitiva del pueblo vasco. La historia no pretendió jamás reseñar todos los hechos ocurridos en un pueblo determinado, y es frecuente, que al faltar la historia, el recuerdo tradicional venga a llenar ese vacío. Si pues en los orígenes de la estirpe vasca falta la historia, como ocurre en el alborear de todos los antiguos pueblos, no es sorprendente que ocupando el lugar del recuerdo histórico se hallen el mito y la leyenda, bajo cuya corteza como dice *G. L. Gomon* se halla siempre el meollo de verdad que contienen. Labor de la Etnología y del Folklore, es desentrañar la verdad que hay envuelta en el simbolismo y la ficción de esas manifestaciones espontáneas del espíritu popular, prestando, de ese modo, eficaz ayuda a la historia.

No he de tratar de discutir, ahora, si la tradición que corre de boca en boca entre los mondragoneses, es *mito* o es *leyenda*, pues la distinción entre ambos conceptos es hoy cuestión muy controvertida por etnólogos y folkloristas, aun cuando muchos los consideren sinónimos. Más bien la conceptúo como un *mito*, porque como se verá, es una relación, al parecer conexiónada con el mundo sobrenatural, que según se desprende del relato, se traducía en actos rituales, (2) y aún siguiendo la escuela de los etnólogos y folkloristas alemanes, adquiere la relación mondragonesa los caracteres del «mito», ya que en esta narración quizás no deba verse

(1) *Dr. López de Isasti*.—«Compendio historial de la M. N. y M. L. provincia de Guipúzcoa.» Escrito en 1605. Cap. XXIX. p. 611.

Impreso en San Sebastián. 1850.

(2) *V. Van Gennep*.—«La formation des legendes.» pp. 21-22. París 1910.

otra cosa más, que el natural deseo de la humanidad de conocer las causas de los fenómenos naturales, pretendiendo elevarse, con la ayuda de la fantasía, a donde no puede encumbrarse la razón.

Grandes males debieron de aquejar a aquellos primitivos vascos del poblado de Arrasate, en los lejanos tiempos en que el mito surgiera, cuando materializaron la causa de sus desdichas en un «dragón», ser quimérico, que ya con forma reptiliana o cuadrúpeda, fué para la humanidad primitiva, de todos los ámbitos del mundo, el origen de todo mal y de toda desgracia. ¿Qué pudo acontecer en el poblado que sembrara entre sus naturales la muerte y el infortunio? La tradición ya dice de donde procedía la causa del mal, pues que señala de donde bajaba el dragón, que sembraba la desdicha entre los moradores de Arrasate. Su origen estaba en la divisoria de los valles por donde hoy corren los ríos Deva y Aramayona, cursos de agua torrenciales, que reciben gran parte de su caudal de enhiestos picachos, (véanse las figs. 1.^a y 2.^a) donde son frecuentes las condensaciones de vapor de agua que dan lugar a la mayoría de las tempestades, y a las más abundantes y fuertes precipitaciones atmosféricas de aquella comarca. Esas precipitaciones, ya en forma de lluvias o nieves, pueden dar a los ríos mencionados tan formidable y rápido incremento en su caudal líquido, que en muchas ocasiones, aún en época histórica, han visto con sorpresa los habitantes de Mondragón, crecer los ríos que le circundan, de modo tan rápido, tan inusitado y alarmante, que en breves minutos ha llegado a inundarse la villa, con peligro de sus habitantes. Sólo un milagro, realizado por la Virgen del Rosario, según dicen los habitantes de Mondragón y lo testimonia una inscripción de ciertas pinturas de su parroquia, alusivas a ese milagro, pudo, en 1641, dejar en seco los lugares inundados por los ríos Deva y Aramayona que se desbordaron a causa de una fuerte avenida de agua, la cual no se calmó, hasta que salió la Virgen del Rosario. En la época actual, tiénneme referido los naturales de Mondragón, personas ya de edad avanzada, que hará unos veintiocho o treinta años, en un claro y hermoso día estival, en ocasión de hallarse casi todo el vecindario disfrutando de esparcimiento, con motivo de ser día festivo, se vieron de repente sorprendidos por la subida del agua del río Deva, y en pocos minutos, llegó la inundación casi hasta las calles céntricas de la villa, y muchos de sus vecinos, tuvieron que correr para ponerse en salvo, mientras los de algún caserío, como el de «Popillo», próximo a la orilla del río Deva, hubieron de subir al tejado para librarse del avance y del nivel que alcanzaron las aguas. Aquella inundación se debió a una *manga de agua*, que inopinadamente cayó en el llamado Alto de Salinas, situado al Occidente de Mondragón, y en el origen del valle de Léniz. Resulta, pues, que en la dirección del monte «Mandoña», de donde bajaba el «dragón», se halla el origen de las avenidas e inundaciones de la

villa, merced al gran número de metros cúbicos de agua que pueden verter las culminaciones de Amboto y Udala, coadyuvando a esta obra de los fenómenos naturales, la posición topográfica de la villa, a la entrada de los valles, ya mencionados, y rodeada por los ríos Deva y Aramayona (1).

Examinados los hechos que anteceden, ¿no es lógico el conjeturar que análogos fenómenos, a los descritos, pudieran acarrear desgracias en los antiguos pobladores de Arrasate, sobre todo en épocas, en que las condiciones ordinarias de la climatología de esta comarca, pudieran haber sufrido algún incremento en la humedad y en la pluviosidad de la misma? ¿Tendría nada de extraño, que tratando de investigar las causas de fenómenos tan nefastos, que tanto les amedrentaban y afligían, simbolizaran el principio de sus males con la presencia del dragón, creando el mito de esa deidad malvada? Desde luego que no, si se tiene en cuenta, además, que actualmente, existen en esta comarca guipuzcoana leyendas como la de la «*Dama de Aketegi*», en la sierra de Aizkorri, cuya leyenda dice: que en una caverna del pico de *Aketegi*, habita la «*Dama*», «que solo se deja ver cuando sale a la entrada a peinar su hermosa cabellera o cuando convertida en fuego atraviesa los cielos» (2). Y también como la de «*La Señora de Amboto*», que tantas veces oí referir a los mondragoneses. «*La Señora*» solo aparece en el cónico picacho de Amboto, cuando ruge el trueno o cuando el relámpago fulgura; o bien cabalga sobre alguna estrella fugaz cuando veloz atraviesa el firmamento». ¿Qué son estas leyendas de nuestros días, sino galana personificación y gentil modo de atribuir a una deidad sobrenatural, la causa de los meteoros y fenómenos de la naturaleza, que sobrecogen el ánimo de las gentes sencillas y cuya explicación no alcanza el montaraz o el aldeano vasco? ¿Acaso el lector no oyó nunca de labios de un rústico español, llamar, en las nevadas tardías del mes de Marzo, a los copos de nieve: «*flores de San José*», al encontrar insólita la caída de la nieve, que en la imaginación del pueblo pasa a ser una metamorfosis de los nardos de la florida vara del Santo? Pues si todo esto ocurre en nuestros días, y entre las gentes de la misma comarca, ¿cómo no ver en el antiguo mito mondragonés una narración relativa a fenómenos de la naturaleza, que con su violencia en el obrar aniquilasen la vida de aquellos primitivos pobladores? Su misma impotencia para vencer a tan temibles elementos, en lucha tan desigual, les haría investigar las causas y llegar a la explicación sobrenatural, para dar descanso al espíritu.

El simbolismo del dragón, como representación de todos los males y

(1) *Ismael del Pan*.—«Adiciones a la geología y mineralogía del valle alto del Deva (Guipúzcoa)». Bol. Real Soc. Esp. de Hist. Nat. Tomo XXIV. pp. 16-27.—Madrid, 1924.

(2) *T. de Aranzadi, J. M. de Barandiarán y E. de Eguren*.—«Exploración de seis dólmenes de la Sierra de Aizkorri». Revista *Euskalerrriaren*.—Alde. p. 30 de la Memoria.—San Sebastián, 1919.

desdichas del género humano, es muy antiguo; quizás tanto, que se remonte a la fecha en que desapareció de entre los hombres aquella prístina felicidad, en que parecen estar conformes todas las tradiciones humanas. (1) Mas al destaparse la misteriosa caja de Pandora, y despararramarse por todo el orbe su contenido de males y calamidades, surgió en la mente de todos los antiguos pueblos la idea de un ser monstruoso, deidad antitética del bien, y para aquellos, causa destructora de lo que tanto amaban. Y tanto en los pueblos antiguos, como en los de hoy la idea del dragón como espíritu del mal se halla muy difundida. Así, en Africa, los «gallas» que ocupan la parte opuesta al Dahomey, adoran este mónstruo, y cuando ocurre un temblor de tierra, van presurosos a ofrecer dones a la caverna donde habita el dios, a quien *atribuyen poder sobre la naturaleza*. Es igualmente tradición entre los indios del Indostán, (2) que el *origen de todo mal o desgracia* es la serpiente, sinónimo de *dragón*, llamando *rey de las serpientes* al jefe de los demonios. Conocidísima es entre los indios la serpiente *Kaly*, que al principio del mundo causó tantos estragos, que para remediarlos fué necesaria la encarnación de *Vishnu*. Chinos y japoneses consideran como *causa del desorden en el mundo al dragón «Tchi-Yen»*, y desde luego, en China, es un *dragón el símbolo de los terremotos y de las tempestades* (3). El culto al *dragón* en América llega a ser cruento, pues los antiguos mejicanos ofrecían al dios reptil, víctimas humanas, (4) así como los «*bandux*» de los Estados Unidos, entre los que las víctimas suelen ser doncellas de pocos años. Y, en fin, en el mundo antiguo occidental, tanto en Roma como en Grecia, fué temida esa divinidad reptiliana, y hasta consultada como oráculo (5).

Pero donde parece hallarse el origen de toda la mitología del dragón, es en el pueblo caldeo-asirio, pues además de que es sabido que existió en Babilonia un magnífico templo dedicado al dragón, (6) la traducción de dos de las tablillas asirias, que hoy figuran en el Museo Británico, proyecta viva luz en este asunto, gracias a la labor del sapientísimo asiriólogo *Smith* (7). Una de las dos tablillas, lleva por título: «Los siete espíritus malvados». En la columna primera de esta tabla, se lee, entre otras cosas, lo siguiente: que de los siete espíritus malignos «*el cuarto era una serpiente*» «*mensajero del dios Anu su rey*» «*ellos son el viento del Sud que corre veloz en el cielo*» «*las nubes volantes del cielo les cir-*

(1) *Hesiodo*.—«*Theogonia*». V. 310 y siguientes.

(2) *Mauricio*.—«*Historia del Indostán*». Tomo I. Cap. XI.

(3) «*Anales de Filosofía cristiana*». Tomo XVI.

(4) *Torquemada*.—«*Monarquía indiana*, Tomo II. 1.º 6.

(5) *Ovidio*.—«*Metamorfosis*». Libro I-V 438.

(6) *Diodoro de Sicilia*.—«*Historia*». Libro XI. Cap. IX.

(7) *Smith*.—«*Assyrian discoveries*». p. 398.

cundan» «la lluvia dirigida de los cielos, que al día sereno» «vuelve tenebroso, era su compañía» «con el viento dañino, con la tempestad perjudicial, daban ellos vuelta» «la tempestad de Vul (dios de la atmósfera) era su poder» «desde lo alto del cielo como rayos cayeron a plomo». Otra de las tablillas asirias lleva por título: «La batalla contra Tihamat» y en ella se lee que «Tihamat» es un temible dragón, jefe de todos los espíritus malignos, origen de todo mal y desgracias. El héroe libertador de todos los males cósmicos y atmosféricos, es *Merodach*, hijo de *Hea*, dios de los océanos. Merodach, príncipe justiciero de los dioses, se ve atacado por el dragón y entonces, *Belo*, dios de la tierra, hiere con su misma espada al dragón *Tihamat* y lo deja espirante.

Ahora bien, si después de estas consideraciones de Etnología comparada, volvemos la vista al mito mondragonés, pronto se verá que sus características generales son idénticas a las que la mitología del dragón tiene en todos los pueblos de la tierra como explicación del origen del mal, y sobre todo, de las consecuencias adversas que para la humanidad primitiva acarrearía la lucha con los fenómenos de la naturaleza. Todo esto se ve palmario en el mito vasco, que nos ocupa, pero es muy de notar, además, el patente paralelismo con los mitos asirio-caldeos, en donde el dragón es el jefe de todos los malos espíritus, y es la encarnación de todos los elementos y fuerzas de la naturaleza, siempre en lucha constante con el hombre. No hay otra diferencia sino que la victoria de aquellos primitivos habitantes de Arrasate sobre los males que les afligían, no la lleva a cabo un héroe concreto, como en el mito caldeo-asirio, más bien parece que se alcanza la victoria sobre el dragón del mal, *por el influjo de la civilización, el progreso humano*, allí representado por la industria de sus herrerías, pues en la tradición vasca, muere el dragón acosado con hierros candantes, en tanto que Belo, el héroe asirio-caldeo, extingue con su espada la vida del dragón Tihamat.

El paralelismo etnológico del mito vasco del dragón, con el asirio-caldeo, unido a la naturaleza lingüística del primitivo idioma vasco, parecen darnos a entender que el origen del mito se remonta a los primitivos tiempos de la historia de nuestro país, en que según algunos distinguidos orientalistas, el idioma de sus pobladores era muy similar al caldeo, lengua que formaría parte de la familia lingüística constituida por los idiomas de los ibero-armenios, cananeos, fenicios, hebreos y cartagineses, entre cuyos grupos étnicos, y los primeros pobladores de Vasconia, debieron de existir lazos raciales (1). Es, pues, el mito del dragón, en Guipúzcoa, anterior a la llegada de los griegos a nuestra patria. También en la mitología griega se halla la leyenda del dragón, pero ésta es allí de origen fenicio, en cuyo pueblo influyeron los mitos

(1) *Juan Fernández Amador de los Ríos.*—Op. cit. Tomo I cuaderno II, p. 83-84.

asirios de una manera notable. ¿Difundióse quizás por irradiación, desde Asiria, el mito del dragón a los distintos pueblos de la tierra? No es asunto este a tratar aquí, directamente, pero no sería extraño que hubiera ocurrido algo en ese sentido, dado el que cada vez más se afirman ilustres arqueólogos, en la procedencia oriental de una gran parte de la civilización de occidente.

El mito del dragón continuó con vida próspera durante las épocas griega y romana, prestándole el calor de sus mitologías, pero es posible que el progreso religioso, verificado por el pueblo hispano con la propagación del cristianismo dentro de su masa, amortiguara entre aquellos predecesores del actual Mondragón, la creencia en el dragón como origen del mal, y su influencia en la naturaleza, apartándose paulatinamente de sus cultos y ritos, lo que explica el que se diga en la historia que para cuando D. Alfonso el Sabio fundase la villa, que tiene el nombre actual, ya habían dado muerte al dragón. Era, pues, evidente que el mito había sucumbido también para entonces, quedando reducido a la tradición, cada vez más debilitada. ¿Qué es lo que pudo darle impulso para llegar hasta nuestros días?

No es suficiente, para explicar el que esa tradición se haya conservado hasta el presente, invocar, como único argumento, el aislamiento natural que las comarcas montañosas ofrezca, cual baluarte inexpugnable para la transmigración e intercambio de sus costumbres, tradiciones, supersticiones, etc., con las demás comarcas vecinas. No niego que haya podido influir en ello la característica geográfica de esta villa guipuzcoana, y hasta el acendrado amor, y ese religioso respeto que el pueblo vasco siente por todos los detalles y accidentes de la vida de sus antepasados, pero es posible que algún otro factor haya influido en la conservación de esta conseja, de un modo más decisivo, todavía, que las circunstancias arriba mencionadas. Es preciso tener muy en cuenta, que tanto en el nacimiento, como en la conservación de mitos y leyendas, ha influido e influye, grandemente, el empleo de símbolos e imágenes emblemáticas, cuyo significado, muchas veces, habían echado en olvido los pueblos, pero que las multitudes, en su deseo natural de explicar símbolos e imágenes incomprensibles, han contribuido, a ser sin deliberado propósito, relicarios vivientes de antiguos mitos y leyendas. (1) Creo, pues, que en este caso que nos ocupa, pueda ser un buen guía el método iconológico para inquirir la causa de haberse conservado hasta hoy, en forma de tradición, el mito primitivo de la villa mondragonesa, pues distinguidos y autorizados etnólogos y folkloristas, (2) aplicando el refe-

(1) *Alfred Maury*.—«Essay sur les légendes pieuses de moyen a age». 1843.

(2) *Salomon Reinach*.—«Cultes, mithes, et religions». («De l'influence des images sur les formations des mithes»). T. IV. p. 94 y sucesivas. París, 1912.

rído método iconológico, en diversas ocasiones, han obtenido excelentes resultados en la investigación, y alguno como *Clermont-Ganneau*, hace intervenir en la formación de los mitos y leyendas griegos, los monumentos de arte fenicio (1).

Pues bien, muy notable es en este sentido el escudo de la villa de Mondragón, en el cual, al pie del castillo y los dos robles circuidos por la cadena de oro, principales motivos emblemáticos del mismo, se halla un dragón alado y cuadrúpedo. (fig. 3.^a) El monstruo no aparece aquí en la actitud en que se representa en otros escudos, sino más bien vencido por el peso del castillo de Arrasate, representante de la fortaleza de los habitantes, que según el mito, dieron muerte al temible reptil, el cual bajaba, desde un monte frontero, a hacerles daño. La manera de estar representado aquí el dragón, tiene palmarias analogías con la que empleaban los griegos para simbolizar la victoria de Apolo sobre la serpiente Pitón, donde se ve al dios de la luz con una serpiente que reposa tranquila a sus pies, o se enrosca en el tronco de un árbol, donde el dios se apoya, o bien bebe el ofidio en una pátera, que amistosamente, le ofrece el vencedor. En ambos casos, no es aventurado el colegir que tales representaciones simbólicas, verdaderos monumentos pictóricos o heráldicos dedicados al mito, han contribuido poderosamente a vivificar el recuerdo y a mantener inmarcesible la tradición. En lo que toca a la villa mondragonesa, la lingüística y la heráldica parecen haber trabajado de consuno por conservar la tradición de aquel mito, viviente entre los primitivos pobladores de Arrasate, pues tanto el nombre, como el escudo de la Villa, no pueden ser más evocadores.

Y por si esto no fuera suficiente, halló campo abonado la semilla del recuerdo en el alma de los hijos de Vasconia, fieles guardadores de sus tesoros tradicionales, capaces, además, con su curiosa toponimia, de escribir abreviadamente la historia de su país. ¿Acaso el folklore mondragonés no hace alusión al castillo que ostenta su escudo, y que siglos atrás se erguía sobre el monte de Arrasate? Aunque hoy no exista el castillo, y aunque los moradores actuales de Mondragón llamen Santa Bárbara al monte sobre que se alzaba, su pasada existencia dejáronla consignada los mondragoneses de otros siglos en el nombre de un barrio de la villa, situado en la falda oriental del monte de Santa Bárbara; ese barrio se denomina «Gazteluondo», (*Gaztelu*=CASTILLO, *ondo*=JUNTO A) y alude a la proximidad en que se hallaba, en remotos tiempos, al castillo, que existió en la cima de Santa Bárbara.

Quizás la tradición mondragonesa haya llegado hasta nuestros días ya transfigurada, obedeciendo a esas leyes biológico-sociales del mito y la leyenda, como son: las de *las transposiciones y adaptaciones*, aun

(1) *Clermont Ganneau*.—«L' imagerie phénicienne et la mythologie iconologique chez les grecques». Paris, 1880.

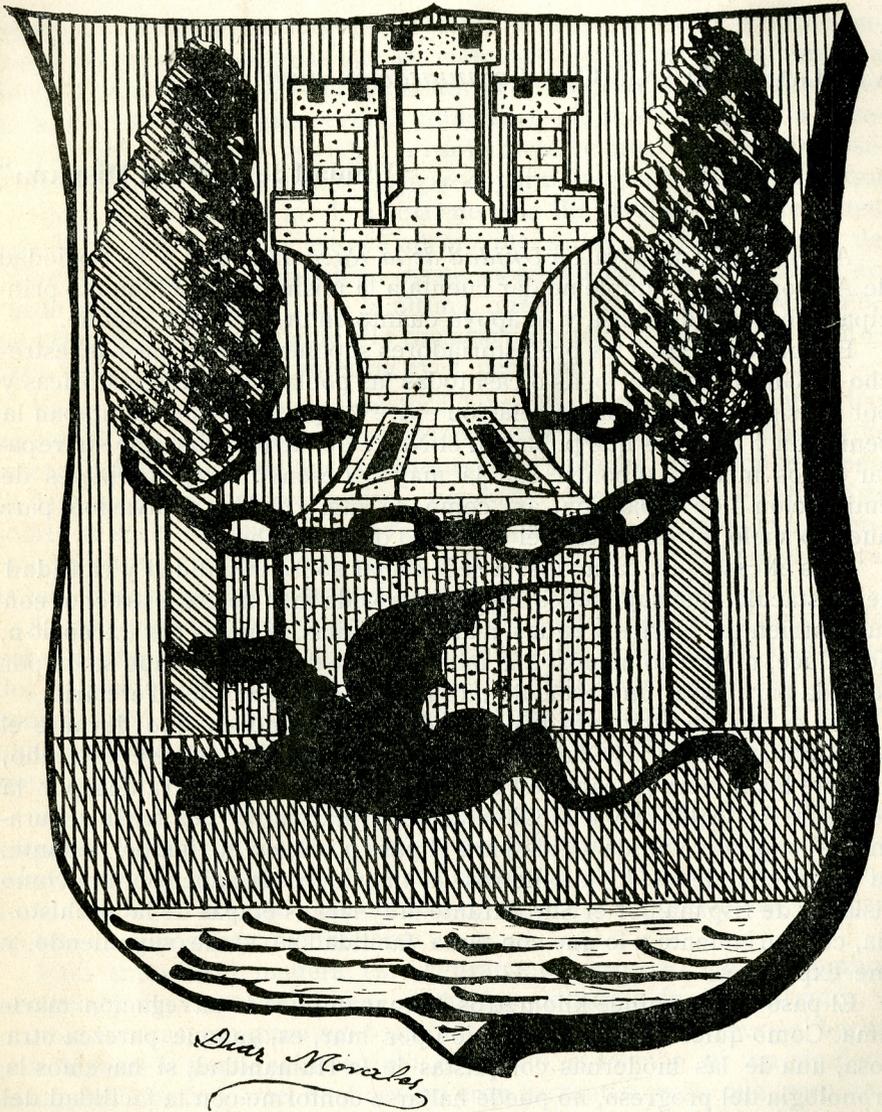


Figura 3.^a

cuando dentro del pueblo vasco no ha debido de ser muy grande el cambio etnológico y social, a partir de cuando el mito cediera el puesto a la tradición; no obstante, y al través del tiempo transcurrido, déjase translucir la llamada *ley de los orígenes*, que aplicada al mito que dió nombre a la villa de Mondragón, deja entrever el paralelismo en el modo de proceder de la imaginación, y en la capacidad mental entre el primitivo pueblo vasco y los antiguos pueblos orientales.